Lazarine no amaba á Héctor, pero lo encontraba bello como un tenor de ópera cómica y la situacion la divertia.

Animado por aquel primer éxito, y decidido á llevar las cosas á paso de carga, Bégourde escribió cartas incendiarias, que la jóven no rehusó recibir.

En pendiente tan peligrosa, no es fácil detenerse cuando se quiere.

Libre en sus acciones, yendo y viniendo á su gusto, Lazarine no podia dejar de conceder una cita solicitada por el audaz pintor.... y en este caso, ¿qué hubiera sucedido?

Felizmente, la casualidad hizo que Julio Leroux, que por costumbre y por sistema jamas veia nada, se apercibiese de algo.

Encontró que el capricho de su hija traspasaba los límites de lo regular.... puso tranquilamente á Begourde en la calle, y por primera vez en su vida riñó sériamente á Lazarine.

La niña mimada lloró durante dos horas, suspiró hasta la noche, y al dia siguiente ya no volvió á pensar en el héroe de aquella novela interrumpida, ó si pensó fué para encogerse de hombros y reirse de su propia tontería.

Este héroe, olvidado tan pronto por ella, debia influir sin embargo sobremanera en su porvenir.

Lazarine y Renée—¿tenemos necesidad de

decirlo?—soñaban en matrimonios espléndidos.

Grácias á su belleza, y gracias á la cifra de su dote, que el rumor público exageraba, parecia que no debia tener mas dificultad que la de la eleccion, pero su ambicion de dinero era tan insaciable, que los millonarios conocidos suyos no les parecian bastante ricos.

En nada se parecia Juana á sus hermanas, que éstas apodaban *La Cenicienta;* tan sencilla como ellas casquivanas, no amaba el lujo ni los placeres sociales; vivia la dulce niña por las afecciones del corazon, y habia encontrado el medio de hacer de su suntuoso palacio un modesto nido.

Si pensaba en su matrimonio, queria hallar un hombre digno y honrado, aunque fuese pobre, pero á quien ella pudiera amar y ser dignamente correspondida.

II

Todo el mundo sabe lo frecuentes que son en Paris los desastres financieros, desastres que ocurren constantemente, sin que ningun indicio precursor haga prever la desaparicion de fortunas que parece se hallan al abrigo de cualquier golpe inesperado.

Se ven destruidos de un momento al otro capitales que hacian suponer que eran indestructibles.

Julio Leroux, halagado por el éxito y contando siempre con su buena suerte, que hasta entonces no le habia sido contraria, llevaba una vida de príncipe y derrochaba sin tasa ni medida.

Por grandes que fuesen sus gastos, no hubieran llevado á la ruina una casa tan poderosa como la suya si las quiebras consecutivas de un banquero inglés y de otro americano no hubieran producido en su caja un *déficit* de mas de cuatro millones.

No era, sin embargo, incurable la herida.

Con buen órden y haciendo economias, Julio Leroux hubiera podido salvarse; pero desgraciadamente no quiso reducir sus gastos y le pareció de mejor tono, despues de una pérdida de consideracion, no hacer cambio alguno en su modo de vivir.

—Así verán—decia—que cuatro millones no son nada para mí. Y léjos de aminorar mi crédito, aumentará. Algunas operaciones atrevidas cubrirán el déficit.

Operaciones atrevidas llamaba el banquero á esas jugadas de Bolsa que habia realizado con éxito cuando el viento de la suerte iba en su favor.

Se creia que la diosa fortuna aún le sonreía y se equivocaba.

Sus especulaciones fracasaron.

Se obstinó.

En suma, una mañana, víspera de un cambio inesperado, Julio Leroux se vió perdido.

El banquero, como ya sabemos, no era un malvado, y á su probidad comercial se unia un inmenso orgullo.

—Es preciso liquidar—se dijo—y la liquidacion es un desastre horrible.... si yo me arruinara solo, tomaria una resolucion; pero si arrastro en mi ruina á los que han depositado en mí su confianza, como si hubiera gastado con mi fortuna la de los demas, en una palabra, si se uniera á mi nombre la terrible frase de *quebrado*, me saltaria la tapa de los sesos.

La liquidacion se hizo bien, y dió resultados que apenas se podian esperar.

Todo se convirtió en métálico.

Se vendieron los hoteles del boulevard Haussmann, una posesion de Normandía, las colecciones de cuadros y objetos de arte, los caballos y los carruajes.

Se encontraba enfrente de un déficit colosal; pero los recursos no lo eran ménos.

Se pagó hasta el último céntimo, y le quedó al banquero una propiedad en el Loiret y veinticinco mil francos de renta.

—Y bien—me preguntarán mis lectores—esto no es la ruina.—Pero yo les contestaré: tanto monta.

Para casi todo el mundo hubiese constituido aquella renta una fortuna, pero para un hombre que gastaba, un año con otro, un millon, era la penuria.

Julio Leroux no abrigó por un solo instante la idea de permanecer en Paris, donde la vida le parecia ya insoportable y en donde lo modesto de su posicion hubiera sido para él una série de constantes y repetidas humillaciones.

Se retiró con sus hijas y un número muy reducido de criados á su posesion de Loiret.

A este punto, pues, vamos á trasladarnos, y tambien á emprender desde aquí el verdadero desarrollo de nuestra narracion, interrumpida por inevitables explicaciones.

La posesion de Hojas-Verdes (así se llamaba la propiedad del banquero) era de pequeñas proporciones y de muy escasa renta, pero de una posicion encantadora.

La casa, que por cortesía ó por costumbre se llamaba castillo, consistia en un edificio de dos pisos, construida á fines del siglo pasado; no tenia nada de señorial; pero era espaciosa y estaba bien distribuida.

La casa, cuyo tejado de pizarra se veía desde lejos, ocupaba la cima de una colina llena

de árboles, dominando un valle de los mas bellos.

El parque, de ocho á diez hectáreas, admirablemente distribuido, se extendia por las suaves pendientes de la colina y descendia hasta el valle, rodeado por un riachuelo trasparente.

Desde la terraza del castillo, el parque parecia que no tenia límites.

A un lado de la finca habia una calle de árboles que formaba una bóveda por la que no podia penetrar el sol.

En el otro lado, y separado del cuerpo del edificio, se hallaban las habitaciones de la servidumbre con las caballerizas y demas dependencias.

Enfrente de la escalinata que conducia á la entrada principal habia un inmenso canastillo de flores, y todo el frente de la casa se veía adornado con plantas raras y caprichosas.

Una sala de baño, una pequeña estufa llena de naranjos y otras cubiertas de cristales, completaban la quinta.

La planta baja del castillo la formaban dos salones, una biblioteca, un salon de fumar, un comedor muy grande y una sala de billar.

Todo ello estaba perfectamente amueblado, si bien no lujosamente, y forrado con cretonas de caprichoso dibujo.

Las habitaciones de los dueños de la casa y